

confiesa haber conocido á esa muger ¹, la cita únicamente por el sobrenombre *La Mercadera* (Na Marcadera).

Y es tanto menos de disculpar la omisión, por cuanto el mencionado cronista, por punto general no muy sóbrio en detalles, concede al hecho heróico de esa muger la suficiente y bien ganada importancia para dedicarle un capítulo especial en su obra ².

Y como para justificar y esclarecer mas las circunstancias en que ocurrió el hecho, Montaner prepara su narracion con este párrafo:

«Nada perdieron en no entrar ni salir de Peralada, por la parte de la huerta, lo que duró por espacio de cinco dias, pues de cuantos franceses, ó de los demás que eran de la hueste del rey de Francia, entraban allí por su desgracia, no salia uno que no quedase ó muerto ó prisionero, porque es de saber, que la huerta de Peralada es de los puntos mas fuertes que en el mundo haya, de modo que no puede entrar un hombre que no se pierda, si quieren los de la poblacion; que no hay quien pueda saber el paso, á escepcion de los naturales de la villa, acostumbrados á vivir en ella ³.»

Conocidos estos antecedentes, se comprende que la repulsion que los naturales del país invadido conservaban contra los invasores, se diese á conocer en hechos tan significativos y elocuentes como este:

«Una muger de Peralada, muy discreta y de arrogante figura, conocida por el sobrenombre de *La Mercadera* por tener tienda de comercio, salió de la villa en direccion á un huerto de su propiedad situado en la comarca, vestida con una túnica de hombre, espada pendiente de su cinto, lanza y escudo. Ocupábase en arrancar algunas berzas, cuando percibió cerca de sí sonido de campanillas y cascabeles, y sospechando que andaria por allí algun francés, corrió á un riachuelo lindante con su huerto, donde en efecto estaba un soldado enemigo montado en un caballo, con su petral lleno de cam-

¹ «En Peralada havia una fembra, que yo conegui e viu, que havia nom Na Marcadera.» (*Id. cap. CXXIV.*)

² De maravilla califica Montaner ese rasgo de valor, diciendo: «E comptar vos he una maravella, que fo axi veritat, com es veritat ço que cascu vases.» (*Ibid. cap. CXXIII.*)

³ *Ibid.* version y capítulo antes citados.

panillas y cascabeles, que forcejaba por hacer salir al bruto de aquella pequeña hondonada: verle, levantar la lanza y herirle con tanta furia, que el arma atravesó el muslo del caballero y la silla, y se quedó clavada en las carnes del caballo ¹, desenvainar la espada, descargar un terrible altibajo á la cabeza del alazan que le atontó, coger la brida y arremeter al francés gritando:—«Caballero, muerto sois, si no os rendis;» todo esto fué obra de un instante. Aterrorizado el paladin por tan descomunal ataque, y rendido por el dolor de su herida, entregó á la bizarra guerrera su pica ², y ella le arrancó la lanza, que aun tenia clavada, y le condujo prisionero á la villa, de lo que todos se mostraron en extremo maravillados, como que el rey y el infante nunca se saciaban de oírle referir las circunstancias de su arriesgada pelea. Doscientos florines de oro que aprontó el francés para su rescate, fué el premio que se adjudicó á la gallarda amazona de Peralada ³.

El suceso que acabamos de narrar, hubo de ocurrir á últimos de Junio de 1285; y si ha quedado consignado en la historia para enal-

¹ Ignoramos en qué puede fundarse Feliu de la Peña al referir el comienzo de este hecho en los siguientes términos:

«Saliendo á su huerto con espada y rodela, encontrada de un caballero francés que con la lanza la hirió en las piernas, le embistió con su espada.» etc. *Anales de Cataluña, lib. XI, cap. XIX.*

Montaner no dice una palabra de que la muger hubiese sido herida. «E com fo al ort, ella sentí campanelles, e maravellas, e tantost lexas de culir les cols, e anasen a aquella part per veure que era: e guarda, e vae en lo rech, que era entre lo seu ort e un altre, un cavaller francés, ab son cavall armat, e ab lo pitrall de campanelles, e anava sa ella, que no sabia per hon sen exis. E ella que lach vist, cuytas á un pas, e secut li la llança.» etc. *Crónica catalana, cap. CXXIV.*

² *Lo bordo*, dice Montaner; y su traductor, D. Antonio de Bofarull, usa la palabra *bordon*, y salva su parecer con la nota que á continuación transcribimos:

«Creo que así se llamaría, por su semejanza con el bordon de los peregrinos. El conde de Clonard, en su *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, tomo 1.º, hablando de esta arma y refiriéndose á Montaner, la llama *estoque de bordo*, cuya denominacion, en castellano, podria hacer sospechar que fuese arma propia de la marina; pero debe tenerse presente que en las ediciones antiguas, y mas en las que solo se reproducen códices de los siglos medios, no hay acentos, como no los tienen tampoco los manuscritos, de manera que la dificultad, en este caso, queda zanjada, añadiendo un acento á la última ó, ó leyendo la palabra como si lo tuviese, esto es, *bordó*, cuya terminacion, en catalan, equivale á la de *on* en castellano ó en francés, como *bastó*, *baró*, que en estas lenguas es *baston*, *baton*, *baron*. Cree dicho autor como verosímil que el bordon y la broncha guardaban un término medio entre la espada y el puñal; mas, el término medio, en mi concepto, no es entre estas dos armas y sí entre la espada y la lanza, pues, por el contenido de otros capítulos, se verá que con el bordon se da estocada y cuchillada, y hasta se afianza en el pecho para herir de frente. Esto me inclina á pensar si el *bordon* seria verdaderamente un bordon, es decir, un palo corto, con hierro cortante al extremo, y con un ahugero en la contera, para clavar en él ciertas puntas movedizas que se encuentran, á veces, en el centro de algunas corazas antiguas. Apesar de ser el nombre francés, Buchon ha traducido *estoc*, lo que me prueba cuán pocas serán las noticias relativas á esta arma en Francia.»

³ Pi y Arimon, *Barcelona antigua y moderna*, tom. 2.º pág. 526.

tecimiento de una verdadera heroína, no sirve menos para muestra de lo que puede el amor patrio, aun cuando se cubra con la débil coraza de un pecho mugeril.

No merece disculpa el cronista Montaner por haber guardado en silencio el verdadero nombre de la esforzada Mercadera, cuando tan fácil habia de serle su averiguacion, ya por ser Peralada la patria del citado cronista, ya por la relacion personal que con dicha muger supone haber tenido.

Mas nos complaciera entonces pagar este tributo de admiracion y de respeto á la que supo representar y traducir por tan singular y no esperada manera el espíritu que animaba á todo el pueblo. *Na Mercadera* puso en esta accion heróica, no solamente el empuje de su brazo, la serenidad de su ánimo, la fuerza de su sentimiento, y la noble altivez de su porte, sino tambien el bélico ardor de todo un pueblo, dispuesto á todo linage de sacrificios en odio á los franceses invasores.

Cuando se presenta al asombro de propios y extraños un rasgo de la indole del que hemos narrado, no es obra exclusiva de un individuo, sino tambien del espíritu público. El protagonista podrá ser uno, enhorabuena; pero ese uno es la personificacion de una colectividad. Sin el entusiasmo que se derrama por todo un pueblo; sin la atmósfera de patriotismo, de que el pueblo se nutre, no tendrian efecto esos extraordinarios arranques de valor, esos rasgos individuales de heroísmo.

Por esto, en la Mercadera de Peralada, debe reconocerse la personificacion del entusiasmo patriótico que dominaba á la sazón á todos los habitantes de Peralada. La bien apuesta y esforzada muger fué el brazo del pueblo.

Los hechos subsiguientes vinieron á demostrarlo.

Condes, ricos-hombres, y barones, todos cuantos en Peralada estaban, hicieron presente al Rey de Aragen, D. Pedro, la conveniencia de que se marchase con el Infante D. Alfonso, ya para mayor seguridad de sus personas, ya para disponer en el país lo mas acomodado al buen éxito de la guerra.

No le parecieron al Rey desprovistas de fundamento estas razones; y dejando confiada la villa al conde de Pallars y á D. Guillermo de Anglesola, presidiandola además con mil almogávares de los cinco mil que tenia á su inmediato servicio, salió de Peralada. Mas como al marchar encareciese á sus habitantes la lealtad, hubo de oír el Rey D. Pedro la siguiente respuesta de los prohombres de la villa:

«Señor, no temais por este lugar, que es fuerte y capaz, bien provisto de víveres y de gente, y, con la voluntad de Dios, tanto hemos de hacer, que hemos de acorrallar al rey de Francia, sin que pueda pasar mas adelante, y si lo hace, le romperemos las barreras y los caminos, y les privaremos que puedan llegarles víveres ¹.»

Altiva respuesta que, siendo dada por un pueblo, á la vista de un ejército numeroso y temible como el que no habian visto otro, da bien á entender la no domada altivez de los hijos de Peralada, y su resolucion inquebrantable de someterse á sacrificios de todo género.

Uno grande y sin igual tuvieron que aceptar en breve. Peralada fué incendiada por sus propios defensores, saliendo de ella «toda la gente, sin que quedara persona alguna, salvo una buena muger llamada Na Palomera, que se fué al altar de Santa Maria, á la que tenia gran devocion, diciendo que allí queria morir; y si bien lo dijo, encontróse que bien lo supo cumplir por su amor ².»

Haciendas y vidas sacrificaron los de Peralada en defensa de su Rey y en odio á los invasores. «Por lo mismo, sigue diciendo Monta-

¹ Montaner, traduccion citada, cap. CXXV.

² *Ibid.*

Nótase en los autores alguna discrepancia en la apreciacion de este notable hecho.

Lafuente (D. Modesto) en su *Historia de España*, tom. VI, pág. 177, dice:

«Como se lamentase el rey de no poder defender la villa de Peralada, y del daño que desde ella podian hacer los franceses en todo el Ampurdan, el vizconde de Roqueró, que era señor de la villa, le respondió:—Dejad, señor, que yo proveeré de remedio, de modo que ni los enemigos la tomen, ni de ella pueda venir daño á la comarca. Y marchando á ella con su gente, púsole fuego y la redujo á cenizas. Por tan heroica accion fué destruida la villa de Peralada.»

Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. XIX, dice que los almogávares, «apenas partido el Rey, pusieron fuego á la villa por el deseo que tenian de combatir con los enemigos en campaña, por el provecho del pillaje.»

Montaner es mas incisivo y malicioso con los almogávares; pero aun imponiendo á estos toda la culpabilidad y toda la fea nota que la misma envuelve, deja entender el patriotismo de los habitantes de Peralada, no menos leales al rey y entusiastas por la patria despues de su propia ruina, que antes de sufrir daño alguno en vidas y haciendas.